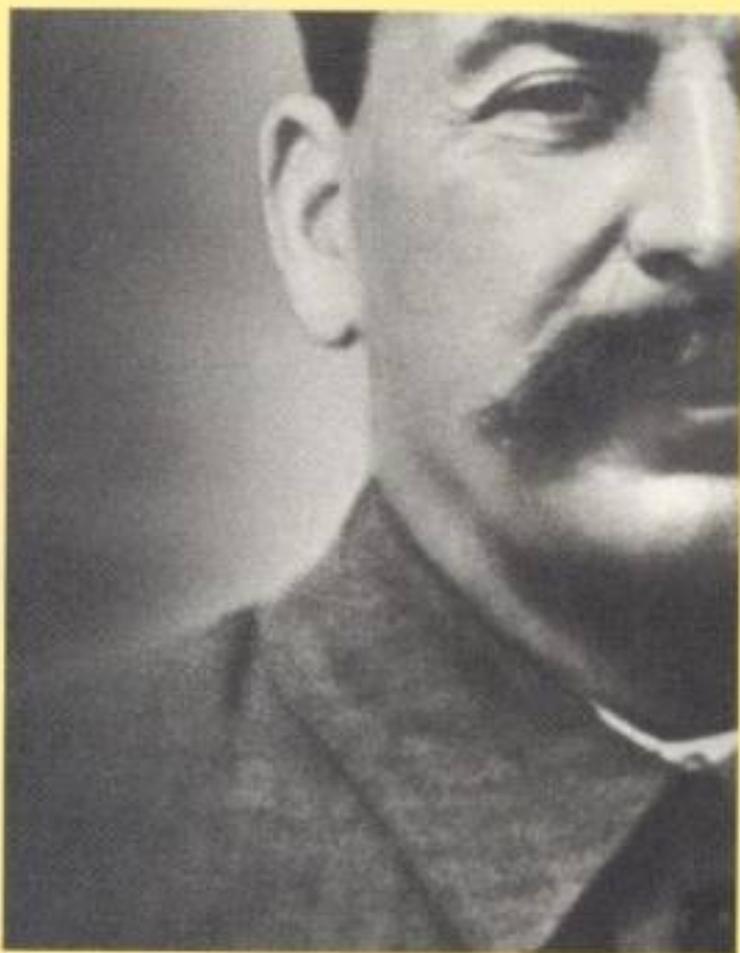


MARTIN AMIS

Koba el Temible

La risa y los Veinte Millones



Koba el Temible —un libro de memorias, una crónica, una meditación sobre Stalin y su legado— es una continuación de *Experiencia*, la aplaudida autobiografía de Martin Amis. Es básicamente un libro político sin dejar de ser personal. Se centra en un importante punto débil del pensamiento del siglo XX: la tolerancia de los intelectuales occidentales ante el estalinismo. Entre el personal comienzo y el final personal, Amis nos ofrece el mejor «cursillo» que se ha escrito sobre Stalin: Koba el Temible, Iósif el Terrible.

El padre del autor, Kingsley Amis, aunque rectificó en la madurez, fue «un lacayo de la Komintern» (como él mismo acabaría diciendo) entre 1941 y 1956. Su segundo amigo más íntimo y luego su amigo más íntimo (después de la muerte del poeta Philip Larkin) era Robert Conquest, el destacado soviólogo, cuyo libro sobre *El gran terror* (1968) contribuyó más que ningún otro, con la única excepción de *El archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn, a socavar los cimientos de la URSS. Este notable libro de memorias de Martin Amis analiza estas conexiones. Stalin dijo que la muerte era un hecho trágico, pero que la muerte de un millón era simple estadística. *Koba el Temible* gira alrededor de una muerte concreta y es una refutación del aforismo de Stalin.

«Un libro sabio, ingenioso y repleto de *saeva indignatio*, la única respuesta adecuada a la tiranía» (*Literary Review*).

«Airado, personal y extrañamente conmovedor... Un libro que ha hecho correr mucha tinta en los ambientes literarios. Tanto más cuanto que Martin Amis se pelea con su amigo Christopher Hitchens y escruta la conducta de su padre, el novelista Kingsley Amis, que fue comunista durante quince años, antes de convertirse en feroz anticomunista». (*The New York Times Book Review*).

«Martin Amis es brillante, osado, personalmente intrigante y eminentemente agible». (*The Atlanta Journal-Constitution*).

*Para Bob y Liddie
y para Clio.*

Primera parte

El hundimiento del valor de la vida
humana

PREPARACIÓN

He aquí la segunda frase de *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivisation and the Terror-Famine* de Rober Conquest:

Quizá podríamos poner en su justa perspectiva el presenta caso diciendo que se perdieron veinte vidas, no por cada palabra, sino por cada letra que hay en este libro.

Esta frase representa 2.700 vidas. El libro tiene 411 páginas.

«Comían boñigas de caballo, entre otras cosas porque solían contener granos de trigo enteros» (1.540 vidas). «Oleska Voitrijovski salvó su vida y la de su familia comiendo carne de caballos que habían muerto de muermo y otras enfermedades en la cooperativa» (2.640 vidas). Conquest cita un pasaje de *Forever Flowing*, la versión inglesa de *Vsie techiet*, la novela ensayístico-documental de Vassili Grossman: «Y las caras de los niños estaban avejentadas, atormentadas, como si tuvieran setenta años. Y al llegar la primavera ya no tenían cara. Más bien tenían cabeza como de pájaro, con pico, o cabeza de rana —boca grande de labios delgados—, y algunos parecían peces, con la boca abierta» (4.440 vidas). Grossman prosigue:

En una choza estallaba algo parecido a una guerra. Todos se vigilaban estrechamente [...] La esposa se ponía contra el marido y el marido contra la esposa. La madre odiaba a los hijos. Y en otra choza el amor se mantenía pu-

ro y sin mancha hasta el final. Conocí a una mujer que tenía cuatro hijos. Les contaba cuentos de hadas y leyendas para que se olvidaran del hambre. Apenas podía mover la lengua, pero los llevaba en brazos aunque apenas tenía fuerzas para levantar los brazos solos. El amor seguía viviendo dentro de ella. Y todos se daban cuenta de que donde había odio la gente se moría más aprisa. Pero el amor no salvó a nadie. Murieron todos los de la aldea, desde el primero hasta el último. No quedó en ella ningún vestigio de vida.

Así pues, 11.580 vidas. El canibalismo era una práctica extendida y en general se castigaba. No a todos aquellos desdichados antropófagos les aplicaron la pena máxima. A fines de los años treinta había aún 325 antropófagos de Ucrania cumpliendo cadena perpetua en campos de trabajo bálticos.

El hambre era un hambre impuesta: se quitaba la comida a los campesinos. El 11 de junio de 1933, el periódico ucraniano *Visti* felicitó a un «despierto» agente de la policía política por desenmascarar y detener a un «saboteador fascista» que había escondido pan en un agujero tapado con un puñado de tréboles. La palabra *fascista*. Ciento sesenta vidas.

En estas páginas, preposiciones inocentes como *en* y *para* representan el asesinato de seis o siete familias numerosas. Sólo hay un libro sobre este tema: el de Conquest. Y tiene, repito, 411 páginas en la edición original inglesa.

CREDENCIALES

Soy un novelista y crítico de cincuenta y dos años que hace poco ha leído varios metros de libros sobre el experimento soviético. El 31 de diciembre de 1999 asistí, con Tony Blair y la Reina de Inglaterra, a los actos que se cele-

braron en el Millennium Dome de Londres. Anunciada como un festival de alta tecnología en un estético paisaje onírico, la velada fue como una escala de cinco horas en un aeropuerto alemán de segunda categoría. Para otros fue una tentativa de cinco horas por *alcanzar* la categoría de un aeropuerto alemán de segunda, así que no voy a quejarme. Yo sabía que lo del milenio era un fiasco que reflejaba poco más que nuestro interés por los ceros; y sabía que, en cualquier caso, el 31 de diciembre de 1999 no señalaba el cambio de milenio^[1]. Pero aquella noche pareció que se acababa el siglo XX; y el siglo XX se considera por unanimidad el peor siglo que hemos tenido (una impresión confirmada por el último libro que estaba leyendo: *Reflections on a Ravaged Century*, de Robert Conquest). Había esperado sentir alguna clase de escalofrío milenarista a medianoche. Pero no lo sentí en el Dome. Sin embargo, un par de días después me puse a escribir sobre el siglo XX y el que me parecía su principal defecto. El artículo, o ensayo, creció hasta convertirse en el volumen que tiene el lector en las manos. He escrito sobre el genocidio nazi en una novela (*La flecha del tiempo*). Su epílogo comienza con estas palabras:

Este libro está dedicado a mi hermana Sally, que, cuando era muy pequeña, me prestó dos grandes servicios. Despertó mi instinto de protección; y me procuró si no mi primer recuerdo infantil, sí el más fértil y radiante. Creo que en aquel instante tenía media hora de vida. Yo tenía cuatro años.

Creo necesario consignar que entre la Noche del Milenio y el verdadero cambio de milenio, que se produjo un año después, mi hermana falleció a la edad de cuarenta y seis años.

ANTECEDENTES

Pasé el verano de 1968 ayudando a cambiar la instalación eléctrica de una mansión burguesa de un barrio del norte de Londres. Fue mi único contacto con la vida proletaria. Además, fue una experiencia breve y especializada: terminada la faena, me instalé inmediatamente en la mansión burguesa, con mi padre y mi madrastra (los dos novelistas, aunque mi padre era además poeta y crítico). Mi hermana tampoco tardó en instalarse con nosotros. Aquel año, como es lógico, estábamos pendientes de los acontecimientos de Checoslovaquia. En junio, Breznev desplegó a 16.000 hombres en la frontera. La posibilidad de intervenir militarmente en «el problema checo» se llamaba Operación Tumor... Mi padre había estado en Praga en 1966 y había hecho allí muchas amistades. Más tarde se convirtió en una broma de familia, por el río de checos que pasaban por Londres para visitarnos. Hubo checos rebotados, checos con carta de presentación y por lo menos uno al que se rindieron honores, el novelista Josef Skvorecki. Y de pronto, la mañana del 21 de agosto, apareció mi padre en la puerta del patio, donde los electricistas nos estábamos tomando un respiro, y exclamó con una voz que aunaba la derrota y la desdicha: «Los tanques rusos están en Praga».

Cumplí diecinueve años cuatro días después. En septiembre fui a Oxford.

Entre las *Letters of Kingsley Amis*, un volumen de 1.200 páginas, sólo hay dos, las dos primeras, en las que mi padre se me aparece como una persona irreconocible. En ellas, sin ningún sentido del humor, anima a un desmoralizado camarada a seguir en la brecha. El tono (serio, de viejo, condescendiente) resulta totalmente extraño: «Mira, con franqueza, tú sabes que no sirve de nada dejar el Partido de ese modo. Vamos, vamos, John. Estoy muy disgustado contigo». Al final de la segunda carta hay una hoz y un martillo dibujados a mano. Mi padre era miembro con carné del PC y recibía órdenes de Moscú, como solía decirse, del

Moscú de Stalin. Era el mes de noviembre de 1941; mi padre tenía diecinueve años y estaba en Oxford.

1941. Kingsley, permitámonos suponerlo, no sabía absolutamente nada de las catástrofes internas de la URSS. Pero la política exterior rusa se esforzaba poco por ganarse la lealtad de nadie. Hago un resumen. Agosto de 1939: el pacto nazi-soviético. Septiembre de 1939: invasión-reparto nazi-soviético de Polonia (y otro pacto: el Tratado sobre Fronteras y Amistad germano-soviético). Noviembre de 1939: anexión de Ucrania occidental y de Bielorrusia occidental y conato de invasión de Finlandia (que causó la expulsión de la URSS de la Sociedad de Naciones al mes siguiente). Junio de 1940: anexión de Moldavia y Bucovina. Agosto de 1940: anexión de Lituania, Letonia y Estonia; y asesinato de Trotski. Estas adquisiciones y decapitaciones podrían parecer modestas en comparación con los aparatosos triunfos de Hitler durante el mismo período. Y de pronto, en junio de 1941, Alemania atacó a la Unión Soviética. Mi padre esperaba participar en la guerra, y con razón; los rusos eran entonces sus aliados. Fue por aquellas fechas cuando se afilió al Partido, en el que creyó durante quince años.

¿Cuánto sabían los camaradas de Oxford en 1941? Ya en 1931 había protestas públicas en Occidente contra los campos de trabajo soviéticos. También había informes convincentes sobre el violento caos de la Colectivización (1929-1934) y sobre el hambre de 1933 (aunque ninguna insinuación todavía de que el hambre fuera un acto terrorista). Y estaban los Procesos de Moscú de 1936-1938, que se celebraron delante de periodistas e informadores extranjeros y que pudo seguir todo el mundo. En aquella farsa grandilocuente e histórica, reputados bolcheviques de la vieja guardia «confesaron» que eran enemigos del régimen desde tiempos inmemoriales (y otros delitos igual de absurdos). Al adolescente Solzhenitsyn le dejó «estupefacto la falsedad de aquellos procesos». Pero el mundo en general

adoptó el punto de vista contrario y llegó a aceptar las indignadas negativas soviéticas sobre el hambre, la esclavización del campesinado y el trabajo forzoso. «No había ninguna excusa razonable para creer en la versión estalinista. Las excusas que podrían proponerse son irracionales», dice Conquest en *El gran terror*. Al mundo se le dio a elegir entre dos realidades; y el joven Kingsley, al igual que la abrumadora mayoría de intelectuales de todas partes, optó por la realidad que no debía.

No hay duda de que los comunistas oxonienses conocieron el decreto soviético de 7 de abril de 1935, por el que los niños de doce años quedaban sometidos a «todas las medidas penales», comprendida la pena de muerte. Esta ley, que se publicó en la primera página de *Pravda* y causó consternación en todo el mundo (obligando al PC francés a aducir que los niños, en el socialismo, se hacían adultos muy aprisa), tenía al parecer dos objetivos fundamentales. Uno era social: acelerar la eliminación del ejército de huérfanos salvajes e indigentes que había creado el régimen. Pero el otro era político: presionar por un medio bárbaro a los veteranos de la oposición, Kaménev y Zinóviev, que tenían hijos mayores de doce años; no tardarían en caer estos personajes, y sus clanes con ellos.

El decreto de 7 de abril de 1935 fue la cristalización del estalinismo «maduro». Imaginad el tamaño del guante con que Stalin nos cruzaba la cara; imaginad el tamaño^[2].

El 7 de abril de 1935 le faltaban a mi padre nueve días para cumplir trece años. ¿Se preguntó alguna vez, con el paso del tiempo, por qué un estado necesitaba aplicar «la última política de defensa» (como decía una secreta instrucción complementaria) contra los doceañeros?

Puede que haya a la postre una excusa razonable para creer en la versión estalinista: que la versión auténtica —la verdad— era totalmente increíble.

MÁS ANTECEDENTES

Creo que fue el verano siguiente, el de 1969, cuando pasé una hora en el inmenso jardín de la mansión fascista del sur de Hertfordshire, con Kingsley Amis y Robert Conquest. Hay una parte de la conversación que sigue aferrada al recuerdo, porque conseguí soltar una frase medio ingeniosa en una etapa en que estaba todavía angustiado (y con razón) por mi solvencia general en compañía adulta. Kingsley y Bob (o bien «Kingers» y «Conquers», del mismo modo que Aleksandr Solzhenitsyn, luego traducido por Bob, acabaría siendo «Solzhyers») se quejaban de una reciente puesta en escena de *Hamlet* en la que el príncipe era homosexual y el papel de Ofelia lo interpretaba un hombre. Retrospectivamente, y para ser 1969, casi parece cursi. El caso es que dije: «¡Vete a un monasterio!». No fue gran cosa, pero parece que encajó.

Kingsley había publicado en 1967 un artículo titulado «Por qué Lucky Jim se hizo de derechas». El ex comunista estaba transformándose en un laborista razonablemente activo, antes de volverse (y seguir siendo) un conservador notablemente ruidoso. En 1968 Bob había publicado *El gran terror*, el conocido estudio sobre las purgas de Stalin durante los años treinta, y estaba acumulando méritos para recibir el título, que se le concedió en un pleno del Comité Central celebrado en Moscú en 1990, de «antisoviético número uno». En los años sesenta era normal llamar «fascistas» a Kingsley y a Bob en las discusiones políticas generales. La acusación no se hacía totalmente en serio (tampoco eran serias las discusiones políticas generales, por lo que hoy parece. En mi medio llamábamos fascistas a los agentes de policía e incluso a los guardas de los parques). Kingsley y Conquers llamaban «el almuerzo fascista» a la reunión semanal que celebraban en Bertorelli's, de Charlotte Street; allí charlaban y bromeaban con otros fascistas, entre ellos el periodista Bernard Levin, los novelistas Anthony Po-

well y John Braine (un partícipe infrecuente y muy temido) y el historiador y desertor Tibor Szamuely. Lo que unía a los comensales fascistas era un anticomunismo bien fundado. Tibor Szamuely sabía lo que era el comunismo. Lo había conocido todo: purga, detención, gulag.

No leí *El gran terror* en 1968 (más probable habría sido, dada la época, que hubiera leído la poesía de Conquest).

Pero lo estuve hojeando durante una hora y nunca he olvidado la fría elegancia de sus observaciones sobre las «fuentes»: «1. Los *informes oficiales contemporáneos* apenas merecen comentarse. Son esencialmente falsos, pero siguen siendo muy instructivos. (Es mentira que Mdivani fuera espía británico, pero es verdad que fue ejecutado)». Recientemente he leído dos veces el libro, la primera edición (que tuve que robarle a mi padre) y la versión corregida y posterior a la glasnost, y que se titula *The Great Terror: A Reassessment*. Cuando le pidieron que sugiriese un título para la nueva edición, Conquest dijo a su editor: «¿Qué te parece *Ya os lo dije, tontos del culo?*». Porque el libro, ya revolucionario en el momento de su aparición, se ha confirmado sobremanera desde entonces. A mediados de los años sesenta estuve presente en cientos de conversaciones como la que sigue (los interlocutores son mi padre y A. J. Ayer):

—Por lo menos en la URSS están forjando algo positivo.

—¿Qué importa lo que estén forjando? Han matado ya a cinco millones de personas.

—No haces más que hablar de los cinco millones.

—Si te aburren esos cinco millones, estoy seguro de que te puedo encontrar otros cinco.

Hoy se puede. Pueden encontrarse otros cinco millones, y otros cinco, y cinco más.

Por las mismas fechas se hablaba en Inglaterra de un tema mucho más candente: la guerra de Vietnam. En las discusiones sobre la URSS se mantenía cierta educación. Pero en las discusiones sobre Vietnam se gritaba, se lloraba, se

cambiaban golpes y desplantes. Yo he visto a mi padre perder la amistad de dos personas por culpa de Vietnam (A. Alvarez y Karl Miller). Porque mi padre, al igual que la mayoría, pero no la totalidad, de los asistentes a las comidas fascistas, apoyaba en términos generales la política de Estados Unidos. Y era una postura defendida por una minúscula y muy detestada minoría. El primer trimestre que pasé en Oxford (otoño de 1968) fui a una manifestación contra la invasión de Checoslovaquia. Participamos unas sesenta o setenta almas. Oímos discursos. Había tristeza y buenos modales. Compárese esta actitud con las exteriorizaciones y autoflagelaciones, salvajemente paritario-competitivas pero indisimulables, de las decenas de miles de personas que se concentraban delante de la Embajada de Estados Unidos, en Grosvenor Square.

En 1968, el mundo parecía más izquierdista que nunca y fue más izquierdista de lo que sería ya en el futuro. Pero este izquierdismo era el de la Nueva Izquierda: presentaba, o acabó presentando, la revolución como un juego. La clase «redentora» no se encontraba ya en las minas y en las fábricas; se encontraba en las bibliotecas y en las aulas universitarias. Había manifestaciones, disturbios, incendios, batallas callejeras en Inglaterra, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos. Y acordaos del Mayo parisino: barricadas, teatro en la calle, culto a la juventud («los jóvenes hacen el amor; los viejos hacen obscenidades»), la reaparición de Marcuse (el dialéctico de invierno), y Sartre, que se apostaba en las esquinas y repartía octavillas maoístas... La agonía de la Nueva Izquierda adoptó la forma de terrorismo de vanguardia (las Brigadas Rojas, la banda Baader-Meinhof, los Weathermen)^[3]. Su vida póstuma es anarquiforme, enfrentada a la última mutación del capital: después del imperialismo, después del fascismo, ahora se enfrenta a la globalización. Señalemos aquí que no hay forma de que el islamismo combativo encaje en este «modelo», ni en ningún otro.

Pero los rojos no estaban muertos en 1968. Cuando estuve en Oxford solían colarse en todas las habitaciones: los creyentes, los duros, los proselitistas. Tal vez venga al caso el viejo chiste. Pregunta: ¿En qué se diferencia un coche comunista de un proselitista comunista? Respuesta: En que al proselitista le puedes cerrar la puerta. He aquí una paradoja reveladora: siempre se ha podido bromear a costa de la Unión Soviética, pero nunca sobre la Alemania nazi. No es sólo una cuestión de respeto. En el caso alemán, la risa se va automáticamente. Con el permiso de Adorno, no fue la poesía lo que se volvió imposible después de Auschwitz. Lo que se volvió imposible fue la risa. En cambio, en el caso soviético, la risa se niega a irse. La inmersión en los hechos de la barbarie bolchevique puede aumentar la resistencia a admitirlo, pero dicha inmersión no borrará nunca la risa de la barbarie...

Debo decir que durante un tiempo, con una postura asquerosa pero leal, seguí la política de mi padre sobre Vietnam. No tardé en cambiar de opinión y discutimos al respecto, a veces con acritud, durante treinta años^[4]. Tal como lo entiendo actualmente, Estados Unidos no tenía por qué entrometerse en una serie de lejanas convulsiones, por culpa de las cuales las ideas de un economista alemán del siglo XIX estaban causando estragos de magnitud bíblica en China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya. Acabé pensando que la continuación norteamericana de la guerra era intolerable e insufrible, no sólo por lo que estaba ocasionando en Vietnam, sino también por lo que estaba ocasionando en Estados Unidos. Hubo una revelación fantasmagórica, una confirmación fantasmagórica, cuando, a fines de los años ochenta, la cantidad de bajas propias en la guerra fue oficialmente superada por la de suicidios entre los veteranos. Es una prueba contundente del embrutecimiento ideológico de la madre patria. Los veteranos que volvían no recibían flores ni abrazos, como bien sabemos,